

que para cogerlos el mejor medio es encender de noche fogatas en un bote con la vela desplegada; entonces los atrae la luz, y la vela los detiene.

Por lo general no se comen los voladores que saltan sobre cubierta, pero en todas las costas de la América central y meridional pasan con razón por manjar muy delicado.

Los lábridos, familia del suborden de los acantopterigios, se distinguen no sólo por la magnificencia de sus colores, sino también por su viveza y movilidad al nadar de una planta á otra en los bosques submarinos que habitan y de los cuales no suelen alejarse. La mayor parte de las especies se mantienen de conchas, cual corresponde á su aparato dentario, que les permite triturarlas con facilidad después de haberlas cogido del fondo ó de las plantas con sus labios móviles. Hay también especies herbívoras, pero no lo son tan exclusivamente que rehusen el alimento animal en absoluto. Hacia la época de la freza, que suele coincidir con la primavera de la región que habitan, aumenta el brillo de sus colores y la facultad que tienen de cambiarlos repentinamente. Su carne goza de poca estima por ser muy sosa, lo que no impide que en muchos puntos se haga un gran consumo de estos peces.

El labro rayado (*Labrus maculatus*) elige por domicilio peñas submarinas, en cuyos agujeros y grietas, cubiertas de vegetación acuática, vive con preferencia; si bien cambia de vivienda si la estación le obliga á ello, pues, según Couch, pasa en verano á las pequeñas ensenadas, donde vaga entre las piedras de la misma orilla, retirándose durante el otoño é invierno á sitios medianamente profundos. En las costas británicas desova en marzo y abril, pero en el Mediterráneo no debe tener época fija, porque allí, según dice Risso, hace dos crías al año. Las diferentes especies pequeñas de cangrejos son su alimento favorito, lo que no obsta para que coma también peces y gusanos de mar.

Acerca de la jirela común (*Julis pavo*), especie que habita el Mediterráneo así como el mar Indico, dice un autor: «De todos los peces del mar es éste el más bello en cuanto á coloración y forma, circunstancia que le ha valido su nombre en todas las naciones. La variedad de colores que ostenta en el dorso han hecho que se le compare con el arco iris.» En efecto, merece el nombre de pez arco-iris que lleva en diferentes países por la dificultad que hay de describir sus colores, que pasan insensiblemente de uno á otro y varían según la dirección en que les toca la luz. El lomo es de color azul verdoso con una ancha lista longitudinal anaranjada. En los costados es el fondo plateado con otras listas longitudinales color de violeta; la cabeza es amarilla tirando á parda, con dibujos azules y plateados; la aleta dorsal lleva sobre fondo rojo de mármol manchas de púrpura; las demás aletas son, cual más, cual menos, de color azul rojizo, y todos estos colores pasan tan insensiblemente de uno á otro que es imposible decir dónde comienzan y dónde acaban, lo propio que sucede con los del arco-iris.

Todo lo que sabemos de esta especie es que vive entre las peñas cubiertas de algas, donde se mantiene de crustáceos y de pececillos; que desova en primavera y muere fácilmente el anzuelo. Hablando de una especie afine á la jirela, dijeron unos pescadores árabes del mar Rojo á Klunzinger que se presenta siempre en cierto número, como de diez á veinte, y cuando atisban una presa ó cebo persiguen al afortunado que logra cogerla; que cuando ésta es un bocado demasiado grande, el aprehensor muere, meneando la cabeza, un pedazo y suelta el resto á sus perseguidores para que le dejen en paz. Si la atrapó á alguna distancia de las rocas protectoras que habitan, se retiran todos allí á toda prisa apenas se han apoderado de

ella. Ignoramos hasta dónde pueden aplicarse estos datos á la especie que nos ocupa, y tampoco podemos emitir juicio sobre la exactitud de las relaciones que nos han dejado los naturalistas antiguos. «Conforme dice Numenio, nadan estos peces en grandes bandadas cual si fuesen mosquitos, viven entre peñas y son en extremo voraces;» esto escribe Gessner, y sigue diciendo: «Se dice que muerden y pican á manera de abejas y avispas á las personas que se bañan, y que acuden precipitadamente apenas las ven. La circunstancia de durar bastante rato el dolor que causan con sus mordiscos, al igual de lo que sucede con las picaduras de los insectos citados, ha sido causa de que algunos autores hayan dicho que estos peces, así como todo lo mordido por ellos, es venenoso é inservible para alimento. Los médicos

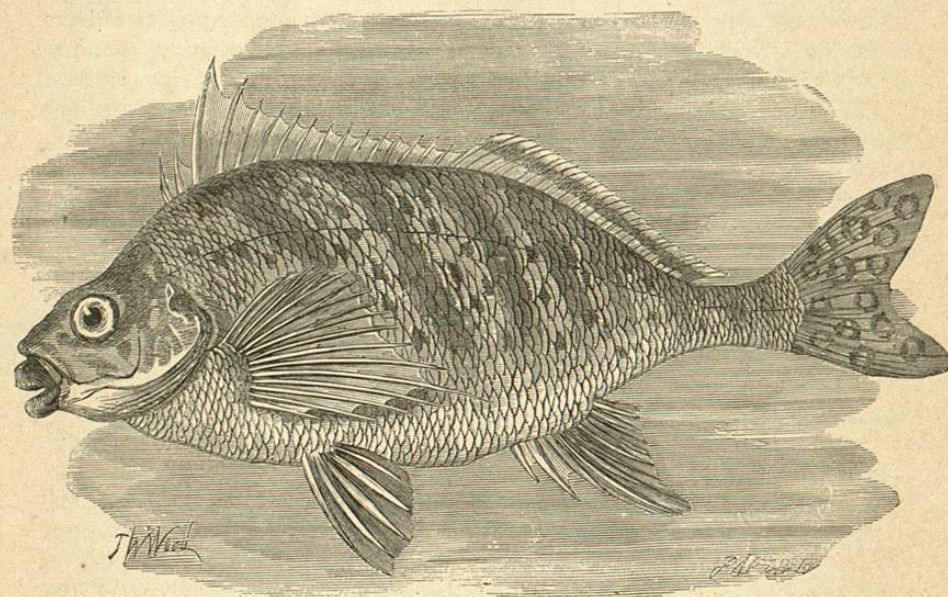


Fig. 942. — Labro del Japón.

atribuyen á su carne muchas cualidades buenas y saludables, entre ellas la de ser tierna y fácilmente digerible, conforme sucede con casi todos los peces de roca.»

Los loros de mar (*Scarus cretensis*) viven en las costas peñascosas, donde habitan en las grietas y huecos de los escollos submarinos, entre los arrecifes madreporicos y particularmente en los pozos profundos que hay entre ellos. Son en extremo sociables, por manera que apenas ó muy rara vez se encuentran aislados. Con la marea alta suben de su profundo y seguro retiro para pacer las plantas que tapizan las rocas y la playa, cubiertas entonces de agua. Comen en posición vertical boca abajo porque así les es más fácil arrancar las plantas de las rocas, puesto que ya se ha dicho que su alimentación parece ser principalmente vegetal. Cuando se presentan en la superficie y en agua poco profunda, se les pesca con el esparavel y también con arpón. Su carne no es precisamente mala, pero sí muy blanda, por cuya razón es mejor comerlos fritos ó asados en parrillas que no cocidos, y esto hace que no alcancen gran precio. Ahora, lo propio que en la antigüedad, se aprecia más el hígado que la carne. En las costas del mar Rojo se salan y se secan, y pudiendo

mandarlos así más lejos, resulta que allí se pescan con más afición, tanto que se ven llegar con mucha frecuencia á aquellos puertos barcos cargados exclusivamente de estos peces, abiertos ya y salados.

Durante la exposición universal de 1867 se enseñó uno de estos peces tan magníficos vivo, pero sólo resistió la cautividad algunos días, quizás porque no había medio de alimentarle convenientemente.

Todos los mares y la mayor parte de los ríos y lagos de agua dulce del mundo antiguo y nuevo albergan algunos miembros de la familia de los pércidos. Los géneros se distinguen tanto por la belleza de su coloración como por su movilidad y rapacidad. Se mantienen de otros peces, sin exceptuar su propia cría, de freza, gusanos y articulados, ponen un considerable número de huevos, multiplicándose de consiguiente mucho, si bien sufren bastante reducción por los ataques de numerosos enemigos. No sirven los pércidos para la población y explotación de estanques por lo difícil que es subvenir á su manutención; en cambio desempeñan un papel bastante regular en la industria pesquera, teniendo su carne justa fama de apetitosa y sana y considerándose la de algunas especies como una de las más excelentes.

Los lagos, las corrientes de agua viva y los ríos sirven indiferentemente de morada á la perca común, pero prefiere los sitios próximos á los manantiales más bien que las desembocaduras. Evita la proximidad del agua salada, así como tampoco le agradan las grandes profundidades, por lo cual se la puede coger con seguridad á dos ó tres pies debajo del agua. Los juncos y los cañaverales la atraen, especialmente cuando está próxima á depositar sus huevos. En invierno, sin embargo, se sumerge más. Sus hábitos no son muy sociables, y aun cuando haya muchas en un estanque ó en un río, cada cual se va por su lado, y no forman grandes grupos, como lo hacen otros peces. En cierto modo nada á saltos; en una agua tranquila se la ve mucho tiempo casi inmóvil, lanzándose luego de repente y con rapidez á gran distancia para recobrar su primitiva inmovilidad. Raras veces sale fuera del agua, y sólo se asoma á la superficie en la estación calurosa, cuando puede atrapar muchos mosquitos ó sus larvas. Aliméntase por lo general de gusanos, de insectos que nadan ó vuelan sobre el agua, de pequeños crustáceos y pececillos, y como su voracidad es extraordinaria, no siempre toma las precauciones necesarias en la elección de su presa; así es que el epinoquio causa muchas veces su muerte, por erizando sus espinas en el momento en que la perca va á tragárselo, se las clava en el paladar ó en la garganta; también le sirven de alimento las salamandras, las culebras pequeñas y las ranas jóvenes. La perca entra en celo desde la edad de tres años, cuando viene á tener unas seis pulgadas de largo, pero no se sabe cuántos necesita para alcanzar todo su desarrollo. En nuestros países casi nunca pasa de quince á diez y ocho pulgadas, pesando entonces de tres á cuatro libras.

La época de la puesta suele ser el mes de abril. El grosor que adquiere entonces su ovario le hace desear vivamente librarse de tal peso, que en una perca de dos libras llega hasta siete ú ocho onzas, ascendiendo el número de los huevos á cerca de 281.000, según Harmers, y á un millón próximamente, según M. Picot, diferencia que puede depender de la edad. Cuando ha llegado el momento de desovar, la perca hembra se roza contra los cuerpos duros, y aun se asegura que sabe hacer penetrar en su oviducto la punta de un junco ó de una caña para que se lleve así parte del fluido viscoso que envuelve los huevos. Alejándose entonces por medio de movimientos sinuosos, hila en cierto modo este fluido y le prolonga en un largo cordón semejante al de los huevos de rana, que algunas veces tiene más de seis pies, pero que, replegándose en sí mismo en diferentes sentidos, forma redes ú

ovillos. Examinándole con una lente, se ven siempre cuatro ó cinco huevos reunidos por una película en una pelotilla sobre la cual se apoya otro ovillo ó pelota, de suerte que los huevos parece que se hallan apiñados en celdillas cuadradas ó hexagonales.

El róbalo (*Labrax lupus*) no suele alejarse de las costas, prefiriendo los sitios de poca agua á los profundos; entra también en las desembocaduras de los ríos, subiendo entonces río arriba hasta grandes distancias. Su régimen alimenticio consiste en cangrejos, gusanos y peces menores. Para apoderarse de los primeros nada cuando soplan fuertes vientos hasta cerca de las costas, porque entonces arrancan las olas enfurecidas muchos de estos crustáceos de las rocas y los llevan á su alcance. Su época de desove es en medio del verano.

Como el róbalo no cede en voracidad á sus afines, se le coge también fácilmente con el anzuelo, y en este caso emplea, en efecto, todas sus fuerzas para es-

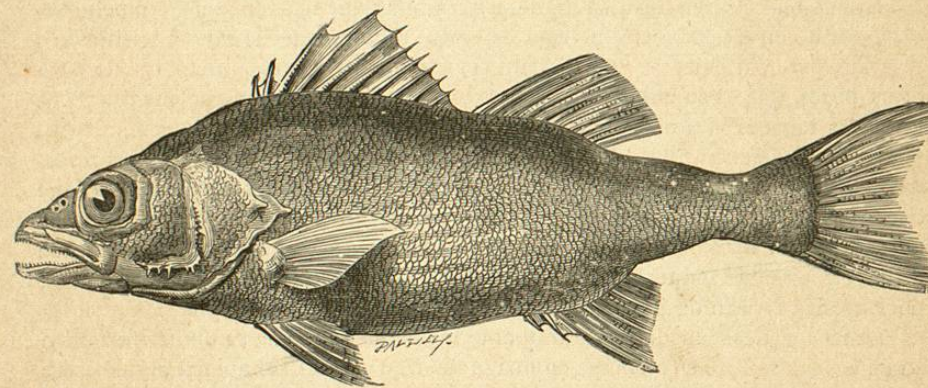


Fig. 943. - Róbalo común.

capar nadando con extraordinario vigor de una parte á otra, obligando al pescador á valerse de toda su maña para asegurarse la presa. Su carne es bastante apreciada y en las costas españolas del Mediterráneo se paga hoy á un precio regular, en ocasiones tanto como la merluza.

La lucioperca (*Lucioperca sandra*) prefiere aguas profundas, limpias y corrientes; permanece habitualmente en las capas inferiores, y aparece sólo en el tiempo de la freza, que ocurre entre los meses de abril y junio, en sitios pantanosos de la orilla, cubiertos de plantas acuáticas, para desovar allí. Como es pez extraordinariamente voraz, que persigue á todos los más pequeños que él de su clase, sin perdonar siquiera su propia cría, y mucho menos á cualquiera que puede alcanzar, claro es que crece con rapidez, alcanzando en las aguas profundas y en los juncales y cañaverales al primer año un peso de tres cuartos de kilogramo y al segundo un kilogramo, mientras que no llega de mucho á estos pesos, aun al fin del primer año, en el agua baja. Se propaga considerablemente.

Si bien Blok contó en una hembra que pesaba kilogramo y medio como cuarenta mil huevos, no es la propagación de este sabroso pez tan abundante como podría desearse, tal vez porque los viejos persiguen á sus propios hijuelos con el mismo afán que despliegan los sollos, glanos, percas y otros peces de presa en la persecución de ellos.

Las costas peñascosas del Mediterráneo, abundantes en peces pequeños, cangrejos, y sobre todo en crustáceos, y en las que hay agujeros á propósito para escondrijos, son los sitios favoritos del serrano escritor (*Serranus scriba*); allí se les pesca á grandes profundidades todo el año para la venta en los mercados, pues su carne no cede en bondad á la de sus congéneres. Por lo demás, lo que se sabe de la vida y particularmente de la propagación de este pez es muy insignificante. Lo verdaderamente curioso es que se le creyó mucho tiempo hermafrodita, porque se tomaba un apéndice blanco y glanduloso que tiene junto á los ovarios por los depósitos espermáticos del macho, hasta que un examen más exacto hizo ver el error.

Pocos peces reúnen cualidades tan interesantes como los gasterósteos marinos. Son animales vivaces y en extremo movibles, diestros, rapaces, pendencieros, valientes y soberbios, fiados en su arma defensiva tan terrible para los demás peces, pero de una ternura incomparable para su prole, cualidades todas que explican por qué son tan buscados para los acuarios y por qué los conocemos tan bien.

Los gasterósteos nadan con gran destreza y rapidez cuando tienen mucho espacio, como en el mar ó en un vasto depósito; saltan fuera del agua y se divierten jugando, pero sin dejar de vigilar cuanto pasa á su alrededor, sobre todo la cría de otros peces, que es su alimento predilecto. En general preocupan muy poco de los peces rapaces mayores que ellos, probablemente á causa de la conciencia que tienen de su defensa, pues hay quien asegura haber observado que hasta los respetan especies tan voraces como la merluza, que todo lo atacan y devoran, pero que temen las espinas peligrosas del gasterósteo; y únicamente los que son de mayor talla, como el bacalao y salmón, los devoran sin cuidado. A pesar de su terrible defensa y aparente indiferencia, no dejan de conocer perfectamente á sus enemigos, pues apenas divisan un pez que creen peligroso, enderezan sus espinas.

La misma decisión que muestran ante los peces de rapiña se observa también en ellos cuando fijan su atención en una presa. Dan caza á todo animal al que creen poder vencer, y su voracidad es verdaderamente sorprendente. Backer asegura haber observado un gasterósteo que en el espacio de cinco horas devoró setenta y cuatro pececillos acabados de nacer, de cosa de ocho milímetros de largo. Acecha sus presas colocado entre algas y piedras en todas las posturas imaginables y se precipita hasta sobre peces de igual talla que él.

Las excitaciones interiores ejercen gran influencia en la coloración de los gasterósteos, que cambia con el humor del animal. Cuando los anima el coraje de la victoria se convierte el color verdoso y plateado del vientre y de la mandíbula inferior en un encarnado encendido, y en el lomo en amarillo rojizo y verde, y el iris, habitualmente blanco, brilla con un hermosísimo verde.

La parte más notable de las costumbres de los gasterósteos es indudablemente su modo de incubar y de criar, del cual no se ha tenido cabal conocimiento hasta hace muy poco tiempo.

Al aproximarse la época del desove escoge cada macho un sitio determinado, que defiende desde aquel momento, con la tenacidad y arrojo que le conocemos, contra todo pez de su especie y género que intentara arrojarle de allí. El sitio elegido puede reunir distintas condiciones. Los gasterósteos que desovan en agua dulce escogen un puesto de poca agua y de gran corriente con fondo arenoso ó pedregoso, y á falta de corriente, un punto donde el agua esté en movimiento; allí construyen el nido, ya sobre el fondo, ya medio oculto en la arena, ó también suspendido entre plantas acuáticas. Los de agua salada escogen sitios análogos y aprovechan las confervas y algas cerca de la playa ó un cabo de maroma deshilachado

que cuelga en el agua para fijar en ellos su nido. Couch encontró uno dentro de estos cabos que colgaba unos sesenta centímetros dentro del agua, cuya profundidad era allí de cuatro á cinco toesas, lo que hacía suponer un trabajo considerable en el pequeño arquitecto, por cuanto sin duda tuvo que subir todos los materiales desde el fondo.

En estado libre suele el macho ocultar el nido en su mayor parte en el limo, y ésta será la causa de que nadie notara antes la gran solicitud con que atiende á sus pequeñuelos. Wárrington, Coste y Evers, que observaron cómo construían sus nidos sus gasterósteos cautivos, nos han ilustrado acerca del sistema que al efecto empleaban. El macho, que durante la época de la freza ostenta sus más bellos colores y que manifiesta en todo una actividad extraordinaria, reúne primero algunas raíces y otros residuos vegetales, algunos más largos que él, teniendo á menudo que ir á buscarlos á bastante distancia; los arranca con gran trabajo y si es menester de la planta viva, y para apreciar su peso, los deja caer primero y utiliza después los que pesan más, desechando los que le parecen demasiado ligeros. El pequeño artista examina atentamente todos los materiales, escoge los más á propósito, los amontona y vuelve á amontonar hasta que el trabajo le satisface. Si ha determinado establecer el nido en el fondo, lo fija con arena y guijarros; y perfecciona el hueco interior, la forma general y la solidez de toda la obra nadando lentamente por encima, puliéndolo y aglutinándolo todo con el roce de su cuerpo. Evers observó distintamente que siempre que el pez añadía una capa de material sacudía sus aletas, y alzando la cabeza y la cola encorbaba todo el cuerpo para pasar mejor sobre su obra y alisarla con el vientre, del que salía en tal momento una gota de materia viscosa claramente visible en el agua y cuyo efecto glutinante se conocía en seguida. De vez en cuando examinaba su solidez sacudiéndola y volviéndola á comprimir, ó bien nadaba por encima moviendo el agua rápidamente con sus aletas para lavar la arena y los tallos demasiado ligeros y poco adherentes, y los colocaba mejor. El acarreo de los diferentes materiales requiere unas cuatro horas, durante cuyo tiempo queda también hecha la traza del nido; pero después necesita el animal unos cuantos días para acabarlo, retirar lo que no tiene suficiente peso, colocar bien cada tallo, entrelazar sus extremos salientes y reforzarlos con arena. Durante este trabajo no se preocupa el animal de otra cosa que de evitar toda interrupción; trabajando con afán observa receloso cuanto se le acerca, ya sea uno de sus congéneres, ó un anfibio, un escarabajo acuático (hidrófilo), una larva, y ya vengan con intenciones pacíficas, ora con propósitos hostiles, nada escapa á su vigilancia. Un macho de Evers cogió y llevó un alacrán ó escorpión acuático más de treinta veces al extremo opuesto del acuario para apartarlo del nido que estaba construyendo.

El tamaño del nido varía según las circunstancias del sitio y la clase de materiales, pero vendrá á tener el de un puño por término medio. Su forma suele ser ovalada, cerrado completamente por la parte superior, pero con un agujero lateral de entrada y otro de salida. Al principio no se ve más que el primero, después también el otro, por la razón que luego diré. Cuando el gasterósteo ha concluido el nido, va en busca de una hembra. Wárrington dice que el nido concluido llama la atención de las hembras, pero Coste asegura que el macho ha de ir en busca de una de ellas, y que tan luego como la ha encontrado la introduce en el aposento nupcial con infinitos halagos, en lo cual están acordes los dos autores. Es entonces tan grande la satisfacción del macho, que no sabe qué hacerse: da continuas vueltas alrededor de su compañera; se mete en el nido, lo limpia, vuelve á salir y finalmente procura empujarla con el hocico para que entre también; si es demasiado

esquiva se vale hasta del agujón ó cuando menos de la aleta caudal, y si sus esfuerzos son infructuosos va en busca de otra. Luego que la hembra ha entrado, deposita algunos huevos, según Coste dos ó tres, horada después el nido por el lado opuesto al de la entrada y sale; desde este momento, pues, tiene el nido las dos aberturas citadas más arriba, que proporcionan á las huevas depositadas una corriente ó renovación de agua. Al día siguiente se repite lo mismo: el macho sale á conquistar á otra hembra y si la suerte le es favorable trae dos, obligándolas de bueno ó mal grado á deponer también su freza, y de este modo va atrayendo hembras hasta que tiene suficiente número de huevas reunidas. Cada vez que tiene una hembra dentro del nido, penetra él también ó lo hace tan luego como ella ha salido, refriega su costado contra el de la hembra y pasa sobre las huevas para fecundarlas.

Desde este momento redobla su celo y vigilancia, porque entonces más que nunca necesita proteger y defender las huevas de todo ataque. Se abalanza furioso contra todo gasterósteo que se acerca y no para hasta ahuyentarlo, sin distinguir entre machos y hembras, pues todos son igualmente peligrosos y aun tal vez son las últimas las más aficionadas á la freza ó á los pequeñuelos. Pero no limita el macho su solicitud á la defensa, sino que á ratos se entretiene en poner el nido en buen estado, recomponiendo con el hocico cualquier avería casual ó hecha de intento por algún observador; se planta delante de la abertura ó dentro del nido moviendo sus aletas torácicas para aumentar la renovación del agua en el interior, como si supiese que las huevas tienen necesidad de nuevas cantidades de oxígeno. Couch quedó agradablemente sorprendido al observar que un gasterósteo que había establecido su nido un poco más alto que la marea más baja, la cual le obligaba también á abandonarlo á intervalos, volvía puntualmente con la marea creciente á inspeccionar la cuna de sus hijos, á recomponerla y custodiarla. Todo el tiempo que dura la incubación es para estos fieles animalitos una época de incesante lucha á causa de las frecuentes tentativas de ataque de otros machos envidiosos ó de hembras madres rapaces.

Cuando concluye la incubación, tiene cuidados nuevos, porque entonces ha de proteger á los pequeñuelos indefensos y alejar de ellos todo peligro.

Los múlidos, como peces en extremo sociables, se presentan en bandadas numerosas, por lo común compuestas de millares de individuos, haciendo pocas correrías; pero visitan en lo más fuerte del verano los sitios arenosos y llanos de la costa, á menudo en cantidad innumerable, para desovar allí.

Buscan su alimento, que parece consistir en pequeños cangrejos y moluscos, como también en materias animales y vegetales en putrefacción, registrando el limo, operación que hacen en posición horizontal, pero metiéndose frecuentemente tan adentro que enturbian el agua hasta grandes distancias en sitios donde no es muy profunda. Muchos peces rapaces son un constante peligro para estas especies proporcionalmente pequeñas, pues siguen sus bandadas semanas enteras. El hombre los persigue también en todas partes, cogiéndolos en grandes cantidades en redes de mallas estrechas. Su carne es muy apreciada, y si acaso se la desdeña un tanto es después del tiempo de la freza.

El salmonete de barbillas (*Mullus barbatus*), especie tipo de la familia de los múlidos, pertenece al Mediterráneo, habitando en todas partes donde el fondo es arcilloso ó limoso; se encuentra también en el Atlántico, á lo largo de la costa francesa, pero raras veces se coge en la proximidad de Inglaterra; por el contrario, el de listas, que habita igualmente en el Mediterráneo, donde se presenta en varios puntos con mayor frecuencia aún que su congénere, se extiende desde allí hacia el

Norte hasta Inglaterra, en cuyas costas se presenta á veces en gran número. Se le encuentra, según Yarrell, en las capas más diferentes del mar. Muchos se cogen en la superficie con las redes empleadas en la pesca de caballa, pero la mayor parte se ha de pescar á gran profundidad.

En los mares del Norte se aproxima durante el verano en gran número á las costas, pero vuelve al acercarse el invierno á mayor profundidad, donde se le coge rara vez. En el Mediterráneo se le pesca con más abundancia á la entrada del invierno. La época del desove de estas especies es en la primavera, y á fines de octubre se encuentran ya hijuelos de 0m,12 de largo. Parece que su alimento consiste en cangrejos blandos y diferentes moluscos; para encontrarlos le prestan probablemente muy buen servicio sus barbillas. «El salmonete de barbas, asegura Oppiano, come con afición todo lo que se pudre y hiede en el mar, particularmente los ca-

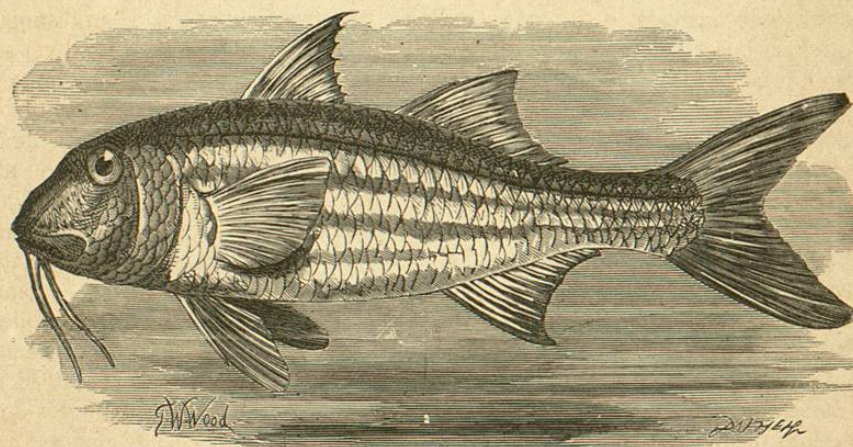


Fig. 944. - Salmonete de listas.

dáveres de naufragos; por esto se le pesca con cebo podrido y se le compara con justicia con el cerdo, que vive al igual de él de cosas asquerosas, á pesar de lo cual tiene una carne excelente.»

En España y en Italia se cogen los salmonetes todo el año con redes, nasas y anzuelos que se ceban con colas de cangrejo. En nuestra península es muy apreciada la carne de este pez, que en ciertas épocas en que escasea se paga á subido precio.

Los espáridos se alimentan de moluscos y crustáceos ó de plantas marinas; algunas especies acaso persigan también peces pequeños. La carne de muchas de ellas es muy apreciada; la de otras no. Las que habitan el Mediterráneo eran ya en su mayor parte conocidas de los antiguos, que propalaban toda clase de fábulas extrañas sobre su género de vida.

El sargo es un pez completamente litoral, que no se aparta nunca de las costas, como otras especies del género. Se precipita ávidamente sobre los anzuelos cuyo cebo consiste en pececillos; y los pescadores le atraen con una pasta compuesta de queso, sardinas podridas y de harina. Duhamel dice, en efecto, que este pez se alimenta de otros de sus semejantes de reducido tamaño, así como también de conchas y crustáceos; pero no siendo sus mandíbulas bastante fuertes, no pueden romper las conchas mayores.

Los pajeles viajan en pequeñas bandadas, aproxímanse á las costas hacia la primavera y permanecen allí hasta el invierno. Algunas especies residen todo el año en las costas mediterráneas de España y de Francia. Estos peces se alimentan comúnmente de otros pequeños y de conchas. Duhamel dice que el pajele suele estar á cincuenta y sesenta brazas de profundidad, y que allí deja la hembra escapar sus huevos.

La carne de este pez es muy apreciada.

Las doradas (*Chrysophrys aurata*) no se apartan de las costas, antes al contrario, se meten en los estanques y charcos salinos que comunican con el mar, donde engordan rápidamente. Duhamel refiere que levantan la arena con la cola en sitios

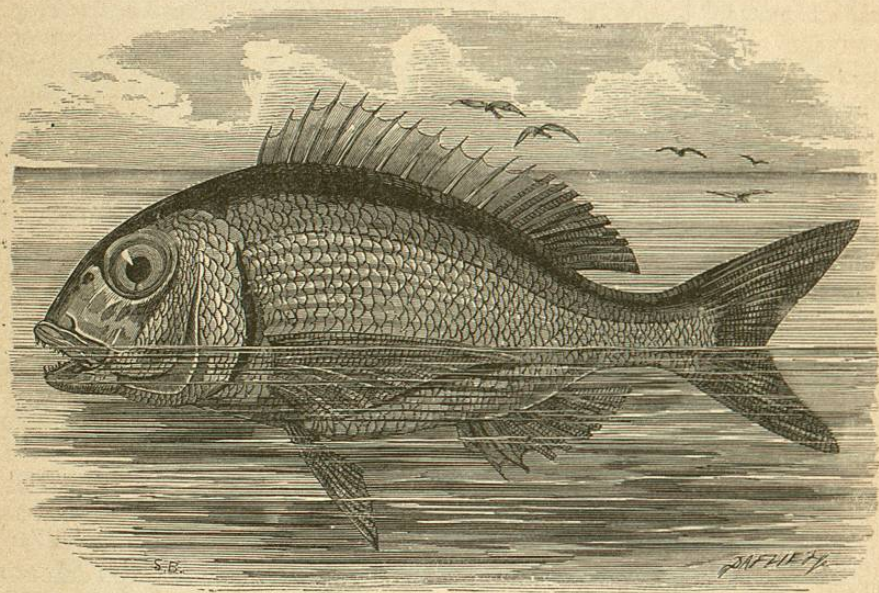


Fig. 945. - Pajele común.

de poca agua para comerse las conchas que así encuentran y que les gustan extraordinariamente. Los pescadores oyen á veces el ruido que hacen al quebrantar las conchas cuando las comen. Las que se han tenido cautivas algunos años han dado diariamente pruebas de la exactitud de estas noticias, porque si bien comían también gusanos y otros animales invertebrados, se conocía que les gustaban más que todo las conchas, que recogen con mucha destreza del fondo del mar, no mostrando menos destreza en desprender las que están adheridas á las rocas. Cuando han cogido la concha con los bordes del hocico, la pasan moviendo la boca como si la mascasen, hasta las fauces, donde la colocan del modo más conveniente para aplastarla de un solo mordisco; en seguida arrojan las conchas quebradas y se tragan el molusco, volviendo al punto donde la encontraron para pescar más.

El frío riguroso es fatal para las doradas y por esto se retiran á mayores profundidades cuando se aproxima el invierno, alejándose cuidadosamente de todos los sitios de poca agua, donde, según se dice, suelen sucumbir si las sorprende el frío antes de tiempo.

Con pocas excepciones, viven los peces de la familia de los escamipenes en las capas superiores del mar y próximos á la costa; algunas especies suben por casualidad los ríos, y otras pasan de la costa á la alta mar siguiendo á los buques para comer lo que se arroja de ellos ó persiguiendo alguna otra presa; pero la mayor parte, en particular las especies más vistosas de la familia, se encuentra siempre junto á arrecifes ó en bajos donde se solazan al sol, con tanta viveza que no parece sino que les gusta lucir sus magníficos colores, cuya belleza aumenta considerablemente con sus movimientos; y he aquí por qué todas las personas que los han podido observar vivos hablan de ellos con tanto entusiasmo. Heuglin dice que en el mar Rojo se mantienen principalmente en sitios donde el agua es profunda á manera de pozos entre los bancos de coral, pues allí se conserva tranquila y clara aun cuando el mar esté agitado, á causa del verdadero bosque de árboles de coral de que están sembrados aquellos sitios. Cuando el buque echa anclas entre estos arrecifes en noches oscuras se conoce la presencia de dichos peces por la refulgencia del mar. Se observan manchas de un resplandor incierto y opaco á veces á grande profundidad, que súbitamente se dispersan como chispas, para pasear después lentamente de una parte á otra, reunirse otra vez poco á poco y volverse á dispersar.

Todos los escamipenes ó peces de aletas escamosas, salvo quizás alguna excepción, se alimentan de otros animales, y la mayor parte probablemente de especies marinas que carecen de tubo digestivo, es decir, de pequeñas medusas, hidras, anémonas, políperos coralígenos, etc.; y allí donde la orilla del mar se halla poblada de bosques se dedican cuando frecuentan estas costas á la caza de articulados. Los primeros, dice Heuglin, juguetean alrededor de las ramificaciones coralinas del propio modo que los pájaros revolotean en los bosques alrededor de las copas de los árboles; se paran en bandadas algunos momentos delante de una rama, precipítanse después súbitamente sobre cierto punto, barrenan ó muerden las flores vivas del polípero, y abandonan después este sitio con la rapidez del rayo todos á una como si obedecieran á una sola voluntad, para repetir lo mismo en otros puntos. Klunzinger se inclina á creer que frecuentan los bancos de coral más bien por las algas que crecen sobre y entre las ramas que no por sus pólipos; dice que comen las algas, pero con esto no contradice lo observado por Heuglin. Esto en cuanto á las especies que viven entre los corales; el modo de vivir de otros géneros afines es distinto, como, por ejemplo, el de los arqueros, que han adquirido desde larga fecha cierta celebridad por el modo cómo buscan su alimento, habiéndose captado la voluntad de los habitantes de aquellas regiones en tanto grado que han sido admitidos por ellos entre sus animales domésticos.

Tan luego como el arquero (*Toxotes jaculator*) columbra una mosca ú otro insecto posado en una hoja de planta inclinada sobre el agua, se aproxima hasta metro ó metro y medio de distancia y arroja de su boca tubular algunas gotas de agua al animalillo con tanta fuerza y acierto que rarísima vez yerra el tiro; por esto tienen los javaneses dichos peces en sus habitaciones, conservándolos para su recreo en pequeños depósitos en cuyo centro hay un palo guarnecido de púas de madera y que sobresale unos 0,60 del agua. Los insectos que se destinan á los peces se fijan ligeramente en las púas; apenas hecho esto, se acercan los peces y nadan alrededor del palo; después salen á la superficie, permanecen inmóviles en un puesto con la mirada fija en el insecto y de repente le arrojan unas cuantas gotas de agua, lo hacen caer y se lo tragan. Si no aciertan vuelven á rodear el palo, se plantan de nuevo y despiden el líquido otra vez, siendo pasmosa la seguridad con que arrojan el chorrito á su víctima. Para observarlos fijó Hommel una mosca con un alfiler en